

848

Z.

PQ 2514

P68

v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

La versión al español de esta obra constituye una propiedad. Cumplidos los requisitos que preceptúa la ley, queda prohibida la reproducción en todo ó en parte de la misma, como también cualquier otra traducción no autorizada por el propietario de la presente.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID. — IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

I.

Convertido Octavio en dependiente de Augusto Vabre, sus relaciones con los Duvrier fueron más íntimas. Frecuentemente entraba la esposa del consejero, al retirarse á casa, en la tienda de su hermano y se detenía algunos momentos á conversar con Berta. La primera vez que vió al joven instalado detrás del mostrador le echó en cara su falta de palabra, recordándole su antigua promesa de ir una noche á probar su voz al piano. Precisamente quería ofrecer á sus contertulios, en una de las primeras reuniones que celebrase al comenzar el invierno, una nueva audición de la *Bendición de los puñales*; pero para el mejor éxito de la pieza musical, necesitaba reforzar el coro con dos tenores más.

—Si no tiene V. inconveniente, dijo Ber-

ta á Octavio, un día puede V. subir, después de comer, á casa de mi cuñada... le espera á V.

La joven trataba á su dependiente con la mayor finura.

—El caso es que esta noche, contestó Octavio, me proponía arreglar un poco la anaquelera.

—No se preocupe V. de eso, repuso: los mozos se encargarán de ese trabajo. Le dejo á V. en completa libertad.

A cosa de las nueve llegó Octavio á presencia de Mad. Duveyrier, que le esperaba en el salón blanco y oro. Todo está dispuesto, el piano abierto, las bujías encendidas. Un quinqué, colocado sobre un velador alumbraba mal la habitación, dejando casi á oscuras la mayor parte de ella. Al verla sola, creyó deber preguntarle cómo seguía su esposo: Clotilde respondió, que se hallaba perfectamente. Sus colegas le habían encargado la redacción de un dictamen en un asunto muy grave, y había salido con el objeto de adquirir algunos datos que necesitaba.

—Ya sabe V., añadió con sencillez, se trata de las infamias descubiertas en la calle de Provence.

—¡Ah! dijo Octavio... ¿se ocupa en ese asunto?

Era un escándalo que preocupaba y apasionaba á todo París: una prostitución clandestina; niñas de catorce años entregadas á personajes de mucho viso. Clotilde añadió:

—Sí, por cierto, y le da bastante que hacer. Desde hace quince días, todas las noches las emplea en investigaciones...

Octavio, que sabía por Troublot, que Bachelard había convidado á Duveyrier á comer con él aquella tarde, y que después irían los dos á acabar la fiesta en casa de Clarisa, miró á Clotilde con cierta conmiseración, admirando su candidez. Pero ella, siempre seria, hablaba de su marido con gravedad, y contaba, dándose tono de persona formal, historias extraordinarias con las que explicaba por qué razón no se encontraba nunca su marido en el domicilio conyugal.

Sola, en aquel salón, parecía á Octavio bella. Sus cabellos rubios aumentaban la blancura de su tez y la serenidad de su rostro, de mujer encastillada en el fondo de sus deberes. Vestida de seda gris, con el pecho y el talle ceñidos por un corsé blindado con ballenas, aunque trataba al joven con una amabilidad sin calor, parecía que le separaba de él una triple muralla de acero.

—Con que si V. quiere, le dijo, comen-

zaremos los ensayos. Usted dispensará que le moleste; pero le ruego que despliegue todas sus facultades. Habrá V. oído á M. Duveyrier vanagloriarse de su horror á la música... por fortuna, ya lo sabe V., se halla fuera de casa...

Pronunció las anteriores frases con tal desprecio, que el joven creyó poder arriesgar una sonrisa. Por lo demás, aquel era el único ataque que, de vez en cuando se permitía dirigir á su marido, delante de la gente, exasperada por las burlas que le inspiraba su piano; ella que era bastante fuerte para ocultar el odio y la repulsión física que sentía hacia Duveyrier.

—¿Cómo es posible odiar la música? decía Octavio, con entusiasmo, para ganar la simpatía de la austera dama.

Clotilde se sentó al piano: sobre el atril estaba abierto un libro, que contenía varias piezas del antiguo repertorio. Había elegido una de *Zemira y Azor*, de Gretry, y después de hacérsela solfear á media voz, tocó el preludio y el joven cantó:

¡Al tigre, en cordero
Convierte el amor,

—¡Magnífico! exclamó Clotilde, contentísi-

ma... ¡es V. tenor, no hay duda... tenor! Prosiga V.

El joven Octavio, satisfecho, terminó la estrofa:

Miradme rendido,
Calmad mi temor!

Mad. Duveyrier estaba entusiasmada. Tres años hacia que buscaba, en vano, un tenor como él. Todos habían defraudado sus esperanzas, incluso Troublot; y era un dato cuyas causas debían estudiarse... apenas se hallaba un tenor, entre los jóvenes de buena sociedad... Sin duda, el uso del tabaco...

—Ahora vamos á dar á esas frases toda la expresión que requieren, dijo... ataque usted las notas con libertad.

Su rostro, frío, tomó un aspecto encantador de languidez, y sus ojos se volvieron hacia el joven con una ternura encantadora. Creyendo Octavio que se entusiasmaba con él, se animó, encontrándola bellísima. Ningún ruido llegaba de las habitaciones contiguas, la sombra del salón parecía envolverlos en una nube de voluptuosidad, y detrás de ella, rozando sus cabellos con su pecho,

para ver mejor el papel de música, suspiró los dos versos:

¡Miradme rendido,
Calmad mi temor!

Pero apenas terminó la frase melódica, dejó Clotilde caer su expresión apasionada, como si hubiera quitado una careta, y volvió á aparecer su eterna frialdad. Octavio retrocedió, inquieto, no queriendo intentar una aventura que le hiciese repetir la escena de Mad. Hedouin.

—Cantará V. muy bien, añadió Mad. Duveyrier. Lo único que debe V. hacer es marcar más el compás... Vea V., así...

Y cantó varias veces... «Calmad mi temor,» destacando las notas con un rigor de mujer virtuosa, cuya pasión por la música no pasaba de la superficie; pero había algo de mecánico en ella. Su voz subía poco á poco y llenaba el espacio de gritos agudos, cuando los dos oyeron de pronto decir, gritando:

—¡Señora! ¡Señora!

Clotilde se sobresaltó al reconocer, en la que gritaba, á su doncella Clemencia.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—Que su padre de V. ha dejado caer la

cabeza sobre los papeles y no se mueve... nos ha dado miedo.

Entonces, sin comprender del todo lo que pasaba, pero llena de sorpresa, abandonó el piano y siguió á la doncella. Octavio, que no se atrevió á acompañarla, comenzó á pasearse por el salón. Sin embargo, después de algunos minutos de duda, al oír pasos precipitados y voces, se decidió á ir en busca de Mad. Duveyrier, y atravesando un cuarto que estaba á oscuras se halló en la habitación del viejo M. Vabre. Todos los criados habían acudido, Julia con el delantal de cocina, Clemencia é Hipólito, preocupados aún con las peripecias de una partida de dominó que estaban jugando; y consternados y sin saber qué hacer rodeaban al anciano, mientras que Clotilde le gritaba al oído, pidiéndole que pronunciara una sola palabra, una cualquiera. Pero con la nariz sobre las papeletas, ni contestaba, ni se movía. Al bajar la cabeza había tropezado con el tintero, y una mancha de tinta le cubría el ojo izquierdo y se deslizaba en pequeña gota hasta sus labios.

—Es un ataque de apoplejía, dijo Octavio. No se le puede dejar ahí, es preciso acostarle.

Pero Clotilde perdía la cabeza, y decía:

—Cree V. que es un ataque... ¡Oh! Dios mio... ¡pobre padre!

Hipólito no se apresuraba, dominado por la repulsión que le inspiraba tocar al viejo, y fué necesario que Octavio reclamase su ayuda. Entre los dos le acostaron.

—Traiga V. agua tibia, añadió el joven, dirigiéndose á Julia. Es preciso lavarle la cara.

Mad. Duveyrier se irritaba contra su marido. ¿Debía estar fuera de casa en aquellos momentos? ¿Qué iba á ser de ella si ocurría una catástrofe? Parecía que lo hacía de ex-profeso: jamás estaba en casa cuando había necesidad de él, y eso que rara vez se le necesitaba. Octavio la interrumpió para aconsejarla que mandase llamar al doctor Juillet, en lo que nadie pensaba, é Hipólito corrió en su busca, contento de aquella ocasión, que iba á permitirle respirar un poco de aire.

—¡Dejarme sola! murmuraba Clotilde. Tendrá que arreglar sus asuntos mi pobre padre, necesitará tomar ciertas disposiciones, y yo no entiendo de eso.

—¿Quiere V. que avise á la familia? preguntó Octavio. Puedo llamar á sus dos hermanos de V.... De todos modos sería prudente...

Mad. Duveyrier no respondió. Sus ojos se inundaban de lágrimas, mientras que Julia y Clemencia procuraban desnudar al anciano. Llamando aparte á Octavio, le dijo: que su hermano Augusto estaba ausente, porque había tenido que acudir aquella noche á una cita, y que, en cuanto á Teófilo haría bien en no subir, porque sólo su vista acabaría con su pobre padre. Y refirió que éste se había presentado en el cuarto de su hijo á reclamarle los alquileres vencidos, y que, tanto él, como su esposa le habían recibido brutalmente; ella sobre todo, que al negarse á pagar, le reclamó la cantidad que había ofrecido darle al casarse. Sin duda, el accidente que sufría había sido causado por aquella escena, porque el anciano había vuelto á su casa en un estado lamentable.

—Señora, dijo Clemencia, ya tiene frío todo un lado.

Esto aumentó la cólera de Mad. Duveyrier. Ya no hablaba por miedo de que se le escapase la lengua delante de las criadas. Su marido se cuidaba bien de sus intereses. ¡Si al menos conociera ella las leyes! Y no pudiendo estarse quieta, iba de un lado á otro. Octavio distraído con las papeletas que el viejo había extendido sobre la mesa, las contemplaba. En un cajón de roble había

otras muchas, meticulosamente separadas por cartones. Aquello representaba toda una vida de trabajo imbécil. En el momento en que leía en una de las papeletas: «Isidoro »Carbotel, salón de 1857; *Atalante*, salón »de 1859; el *León de Androcles*, salón de 1861, »retrato de M. P.***», Clotilde se colocó delante de él y le dijo, en voz baja:

—Vaya V. á buscarle.

Y como se admirase el joven, ella se encogió de hombros, y haciendo caso omiso de la historia del proceso de la calle de Provence, añadió:

—Ya sabe V. dónde puede encontrarle... calle de la Cerisaie... nadie lo ignora.

Octavio protestó...

—Aseguro á V., señora, dijo.

—No le defienda V., añadió. Soy demasiado dichosa con que vaya allí y me deje en paz... ¡Oh! ¡Si no fuera por mi pobre padre!

Octavio se inclinó. Julia, limpiaba entretanto el ojo de M. Vabre; pero la tinta se había secado y quedaba una mancha violácea en la piel. Mad. Duveyrier recomendó que no le frotasen tan fuerte, y volviéndose hacia el joven, que ya estaba cerca de la puerta:

—No diga V. nada á nadie, murmuró... Sería inútil poner en conmoción á toda la

casa. Tome V. un coche, y tráigale V. de cualquier modo que sea.

Cuando partió, se dejó caer sobre una silla á la cabecera del enfermo. Todavía no había éste vuelto en sí: sólo su respiración lenta y penosa turbaba el sepulcral silencio que reinaba en la estancia. Entonces, como el médico no llegaba y se veía sola con las dos criadas que la miraban asustadas, prorrumpió en sollozos, en una crisis de profundo dolor.

En el café Inglés era donde se habían reunido á comer Bachelard y Duveyrier, sin que se supiera el motivo de aquella franquichela; quizás por el placer de obsequiar á un consejero del Tribunal Supremo y de mostrarle cómo los comerciantes sabían gastar el dinero. Llevó además á Troublot y á Guenlin: cuatro hombres y ninguna mujer, porque las mujeres según él no sabían comer: perjudicaban á las trufas y alteraban la digestión. Por lo demás, el tío Bachelard era conocido en todos los boulevares por sus fastuosas comidas cuando llegaba á París desde la India ó el Brasil alguno de sus clientes: comidas á trescientos francos por barba, en las que sostenía noblemente el honor del gremio de los comisionistas franceses. Entonces se apoderaba de él una ver-

dadera hidrofobia de gastar dinero, exigía lo que había de más caro, todo género de curiosidades gastronómicas, hasta incomibles, como *sterlets* del Volga, anguilas del Tiber, grullas de Escocia, abutardas de Suecia, patas de oso de la Selva Negra, jorobas de bisonte de América, nabos de Teltow, higos de Grecia; y por añadidura, melocotones en Diciembre, perdices en Julio y un lujo de flores, de cubiertos, de vajilla que ni en los festines de Cleopatra. En cuanto á los vinos, reclamaba las marcas más desconocidas, y ninguno de los que le presentaban le parecía bastante añejo, bastante raro. Su sueño era encontrar botellas de las que tuviese que pagar á dos luises la copa.

En aquella ocasión como estaban en verano, época en la que todo abunda, le costó trabajo organizar una comida cara. Sin embargo, la lista de los platos, acordada el día anterior, fué notable: sopa de crema de espárragos, timbales á la Pompadour, una trucha á la generala y un filete de vaca á la Chateaubriand, ortolanes á la Lúculo y ensalada de cangrejos. Por último, como asado; cimera de corzo, y como legumbres, corazones de alcachofas á la jardinera seguidas de un *soufflé* de chocolate y de una siciliana de frutas. Un *menu* sencillo y grandioso, enri-

quecido con una colección de vinos verdaderamente regia: Madera añejo después de la sopa, Chateau-filhot 58 con los entremeses, Johannisberg y Pichon-Longueville después de las entradas, Chateau-Lafitte 48 antes de la ensalada, Sparling-Moselle con el asado y Røederer helado con los postres. Bachelard echó sin embargo de menos una botella de Johannisberg, de cincuenta y cinco años que había comprado un turco el día anterior en diez luises, mil reales.

—Beba V., repetía sin cesar á Duveyrier: cuando los vinos son buenos no emborrachan. Son como la comida, cuando es delicada jamás hace daño.

El viejo solterón, á pesar de todo se contenta. En aquella ocasión se daba aires de hombre de bien; estaba muy peinado y afeitado; llevaba una rosa en el hojal de la levita, y no rompía los platos como tenía de costumbre. Troublot y Guenlin hacían los honores á todos los manjares que servían. La teoría del tío parecía ser cierta, porque el mismo Duveyrier que padecía del estómago, había bebido mucho, y había repetido de la ensalada de cangrejos sin experimentar la menor desazón. Sólo se habían encendido algo las manchas rojas de su rostro.

A las nueve estaban comiendo todavía. Los candelabros cuyas llamas agitaba el aire que entraba por una ventana entreabierta, iluminaban la plata y el cristal que había en la mesa: cuatro canastillas de flores se marchitaban en medio de la confusión de los platos y cubiertos. Además de los dos maestros de ceremonias que dirigían el servicio, había detrás de cada convidado un camarero encargado de proveerlos de pan, de vino, y de cambiar los platos. Hacía calor á pesar del aire fresco del boulevard.

Cuando sirvieron el café con licores y cigarros y se retiraron los mozos, Bachelard, arrellanándose en una silla, lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Ah! exclamó... se siente uno bien, ¿no es verdad?

Troublot y Guenlin que le habían imitado, respondieron:

—¡A las mil maravillas!

—¡Está uno completamente satisfecho! añadió Duveyrier... ¡Sobre todo los cangrejos!

Los cuatro se miraron maliciosamente. Se entregaban á la lenta y egoísta digestión de cuatro burgueses que acababan de atiforrarse lejos de los fastidios que causa la familia. Aquello costaba caro; nadie había

comido con ellos; ninguna mujer estaba allí para abusar de su enternecimiento, y se desabrochaban para estar á sus anchas. Con los ojos entornados, evitaron al pronto hablar, absorto cada cual en su goce solitario; pero después, al verse libres y felicitándose por no haber llevado mujeres, pusieron los codos sobre la mesa, acercaron sus rostros encendidos, y hablando sin cesar, no sabían ocuparse en su interminable conversación, más que de las mujeres.

—¡Yo estoy desengañado! declaró Bachelard. La virtud es lo mejor, digan lo que quieran.

Duveyrier aprobó esta teoría con un signo de cabeza.

—Por eso me he despedido de los placeres... Y eso que la he corrido en grande, añadió Bachelard, en la calle de Godot-de-Mauroy las conozco á todas. Rubias, morenas, coloradas... y algunas que otras tienen unas formas deliciosas... Luégo hay las casas de huéspedes de Montmartre... por último, en algunas callejas sin salida, las hay también, pero tan feas y con un armazón... que es cosa de desesperarse.

—¡Oh! ¡las mujeres públicas! interrumpió Troublot con su acostumbrado acento de superioridad... ¡qué calamidad! Lo que es

para mí están demás. No valen lo que cuestan.

Esta conversación demasiado verde acariciaba deliciosamente los oídos de Duveyrier, mientras apuraba á sorbitos una copa de Kummel.

—Yo, dijo, no puedo admitir en principio el vicio... me subleva. Para amar á una mujer es preciso estimarla, ¿no es verdad? Me sería de todo punto imposible acercarme á una de esas desgraciadas que trafican con su cuerpo, á no ser que se mostrase verdaderamente arrepentida ó hubiese abandonado la vida de desórdenes para convertirse en una mujer honrada. No hay una misión más noble para el amor... aludo á una querida honesta, de buenas costumbres, ya me comprenden ustedes. En semejante caso no digo que no caería en la tentación, carecería de fuerzas para resistir.

—También yo he tenido queridas honradas, dijo Bachelard; y son aún más cargantes que las otras, y por añadidura unas tantitas. A espaldas de uno se divierten con otros á riesgo de adjudicarnos una enfermedad. Sin ir más lejos, la última que tuve, una señora al parecer que encontré en la puerta de una iglesia: la puse un comercio de modas en las Ternas, cualquier cosa, un

pretexto para mantenerla sin ofender su dignidad. ¡Por supuesto que nadie iba á comprar...! Pues bien, ¿lo creerá V.? al poco tiempo se divertía con todos los vecinos de la calle que le decían buenos ojos tienes.

Guenlin, cuyos cabellos rojos estaban más erizados que de costumbre, murmuró chupando el cigarro:

—¿Y la otra, aquella alta de Pany, la de la confitería? ¿Y la que hospedó V. en una casa encargándola la confección de canastillas para los huérfanos? ¿Y la viuda del capitán, aquella que enseñaba la cicatriz del sablazo que tenía en el vientre? Todas, querido tío, todas se han burlado de V. Ahora puedo decírselo á V... una noche tuve que defenderme como un héroe de la de la cicatriz... quería que la hiciera el amor, pero no soy tan tonto como todo eso. Con mujeres como aquella, nunca se sabe adonde se va á parar.

Bachelard que se enfadó al pronto, se contuvo, y mordiéndose los labios:

—Hijo mío, le dijo, puedes quedarte con todas... lo que ahora tengo es mucho mejor.

Y satisfecho de la curiosidad que excitaban sus palabras, se negó á dar explicaciones, por más que deseaba ser indiscreto dejando adivinar su tesoro.